

CARTA PASTORAL

# CON CORAZÓN DE HOMBRE



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España





**CARTA PASTORAL**  
**A LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS,**  
**MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA Y FIELES LAICOS**  
**DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO**

**Con corazón de hombre**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES**  
**Arzobispo de Toledo**  
**Primado de España**

Edita: Arzobispado de Toledo.  
Toledo, junio de 2023.

## ÍNDICE

I. Una devoción de ayer, hoy y siempre, un mensaje extraordinariamente actual.....	5
II. La consagración bautismal.....	9
III. La llamada común a la santidad.....	11
IV. La mansedumbre en el sacerdocio.....	12
V. La humildad del sacerdote.....	15
VI. La pureza del corazón libre.....	18
VII. La pobreza del corazón desprendido.....	20
VIII. La libertad en la obediencia.....	22
IX. El laicado en medio del mundo.....	24
X. La escucha sinodal en la fe.....	28
XI. La reparación al Corazón de Jesús.....	30
XII. Al Corazón de Jesús se va por María.....	31



1. Con corazón de hombre, con sus palabras y obras, Jesús nos muestra la intimidad del Dios único invisible, pues en Él resplandece la plenitud de la Revelación divina.<sup>1</sup> En junio la Iglesia celebra la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y el mes dedicado a su corazón en la religiosidad y devoción popular, por este motivo, me dirijo a todos vosotros sacerdotes y diáconos, personas consagradas y fieles laicos, en el contexto del proceso sinodal que vive nuestra Iglesia en comunión con el Santo Padre y con toda la Iglesia universal, y en medio de la visita pastoral que estoy realizando a todas las parroquias y realidades diocesanas animado por los sentimientos del Corazón de Cristo.

Deseo ayudar a cada una de las vocaciones particulares que enriquecen la vida de la Iglesia desde la espiritualidad del Corazón de Jesús y mostrar también cómo en este Corazón se encuentran y de él reciben la vida y el vigor para transformar el mundo según los designios del Amor de Dios. No en vano el Papa Francisco en la fiesta del Sagrado Corazón, apenas unos meses después de ser elevado a la sede de san Pedro, nos exhortaba a *“mirar con confianza al Sagrado Corazón de Jesús y a repetir con frecuencia, especialmente durante este mes de junio: Jesús, manso y humilde de corazón, transforma nuestro corazón y enséñanos a amar a Dios y al prójimo con generosidad”*<sup>2</sup>.

## I. UNA DEVOCIÓN DE AYER, HOY Y SIEMPRE, UN MENSAJE EXTRAORDINARIAMENTE ACTUAL

2. Ya el Papa León XIII escribió que *en el Sagrado Corazón se encierra el símbolo y la expresión de la infinita caridad de Cristo, que nos incita*

---

1 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación n.2.

2 Vid. *tweet* de la cuenta del Papa Francisco en la Solemnidad del Corazón de Jesús de 2013.

y mueve a amarnos mutuamente<sup>3</sup>. Y, en una sociedad como la nuestra, cada vez más polarizada, donde parecen levantarse las banderas del rencor ideológico para ahogar la verdadera fraternidad cristiana, esta devoción *corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo* –en palabras de san Juan Pablo II<sup>4</sup>– y *contiene un mensaje extraordinariamente actual*<sup>5</sup>.

Para comprender la actualidad de este mensaje tenemos que partir de la verdadera humanidad de Cristo en el misterio de su Persona: debemos mirar al Verbo Encarnado, a cuya luz encuentran respuesta los grandes interrogantes humanos y se esclarecen sus aspiraciones más altas. Siempre son bienvenidas las palabras del Concilio Vaticano II que han inspirado el título de esta carta pastoral: *“el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”*<sup>5</sup>. Y que Jesús, el Hijo del eterno Padre, nos haya amado y nos ame hoy hasta el extremo significa que tiene corazón y en ese Corazón se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

Esta devoción que se inicia el Viernes Santo quedando su costado abierto (Cf Jn 19) posee hondas raíces bíblicas. Fue en el siglo XVII cuando comenzó a desarrollarse la moderna devoción con esta mirada de la piedad cristiana al Sagrado Corazón de Jesús, tal como hoy suele presentarse. La Divina Providencia quiso que esta devoción fuese la respuesta adecuada a tanto frío rigorismo jansenista de aquellos tiempos para poner de manifiesto en el culto el amor de Dios a los hombres, que se ha hecho concreto en la obra redentora del Hijo de Dios encarnado; para su difusión eligió a santos como santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), san Juan Eudes (1601-1680) o san Claudio de

---

3 LEÓN XIII, Encíclica *Annum Sacrum* de 25 de mayo 1899: ASS 31 (1899) 649.

4 JUAN PABLO II, Carta al Preósito de la Compañía de Jesús de 5 de octubre de 1986.

5 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* n.22.



la Colombière (1641-1682), entre otros<sup>6</sup>, sin olvidar a Carlos Foucauld, Madre Teresa de Calcuta...

Y fue durante la octava del *Corpus* del año 1675 cuando Jesús se manifestó a santa Margarita con el corazón abierto y, señalando con la mano su corazón, exclamó: “He aquí el corazón que ha amado tanto a los hombres, que no se ha ahorrado nada, hasta extinguirse y consumirse para demostrarles su amor. Y en reconocimiento no recibo de la mayoría sino ingratitud”<sup>7</sup>. Las palabras del Corazón de Jesús a santa Margarita – dice el Papa Francisco – son *la máxima expresión humana del amor divino*<sup>8</sup>. Su queja se dirige a las almas consagradas que no se enteran de que el Amor no es amado.

En este sentido el Papa Pío XI había enseñado en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* que *en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se contiene la suma de toda la religión y además la norma de vida más perfecta*<sup>9</sup>. A lo largo de estas páginas vamos a tratar de comprender la actualidad y el alcance de esta afirmación, de gran hondura teológica y pastoral, que hoy puede seguir iluminando la vida de la Iglesia.

3. Entre nosotros, la extensión del culto al Corazón de Jesús, gracias a la obra de autores santos como el Beato Bernardo de Hoyos (1711-1735), contribuyó a poner en el centro de la espiritualidad católica el amor de Dios a los hombres, que se muestra en el corazón humano del Redentor. Escribe de sí mismo: “Yo, que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amado Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor sacramentado a ofrecerme a su Corazón para cooperar cuanto

6 Cf. J. RICO PAVÉS, *Cristología y soteriología* (Madrid 2016) p.261.

7 Cf. L. GAUTHEY, *Vida y obras de santa María Margarita de Alacoque* (Madrid 1921) ed. Tipografía Católica. Es traducción del original francés de 1915.

8 FRANCISCO, Discurso en el *Ángelus* de 9 de junio 2013.

9 Pío XI, Encíclica *Miserentissimus Redemptor* de 8 de mayo de 1928: AAS 20 (1928) 165-178 sin numeración de párrafos; en pp.179-187 se añadió además una *Precatio particularis ad Sacratissimum Cor Iesu* en latín, italiano, francés, español, portugués, inglés, alemán y polaco.

podiese a lo menos con oraciones a la extensión de su culto. No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería, por mi medio, extender el culto de su Corazón sacrosanto para comunicar a muchos sus dones”<sup>10</sup>.

El Beato Bernardo de Hoyos oraba para que la devoción al Corazón de Jesús se divulgase en España – que entonces incluía las actuales naciones de Hispanoamérica y Filipinas – y se estableciese la fiesta del Sagrado Corazón. Y el 14 de mayo de 1733, día en que se celebró entonces la solemnidad de la Ascensión, recibió la llamada *revelación de la gran promesa*. Según el relato de Juan de Loyola, su confesor y director espiritual: “Se me dio a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí sólo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos, y pidiendo esta fiesta en especial para España, en que ni aun memoria parece hay de ella, me dijo Jesús: *Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes*”<sup>11</sup>.

Desde entonces hasta hoy la devoción y el culto al Sagrado Corazón de Jesús se ha extendido de tal modo que en toda nuestra geografía nacional y también diocesana es fácil encontrar abundantes monumentos en su honor y no pocas congregaciones religiosas, seminarios, presbiterios, hermandades y cofradías y multitud de fieles cristianos, encuentran en el Corazón de Cristo la máxima expresión del amor de su Dios y ven cumplida con creces su evangélica invitación y promesa: *venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera* (Mt 11,28-29).

---

10 Cf. J. MARTÍ BALLESTER, *Beato Bernardo Francisco de Hoyos. Apóstol del Corazón de Jesús en España* en la dirección *es.catholic.net* de la red.

11 Cf. JUAN DE LOYOLA, *Vida del Venerable y angelical joven P. Bernardo Francisco de Hoyos de la Compañía de Jesús*, manuscrito transcrito en *word* por ERNESTO POSTIGO S. J., Vicepostulador de la causa canónica de beatificación concluida en el año 2010.

4. El culto al Sagrado Corazón expresa la mirada del corazón a quien derrama su propia sangre para vivificar, con su propia vida, al pecador que a Él viene. Su Corazón y sus entrañas vienen a ser toda la vida de Cristo, su vida más íntima en diálogo con el Padre, pues con Él quiere vivificar en el Espíritu a los hombres perdonados y nacidos a una vida nueva por la sangre redentora de su costado abierto en la cruz<sup>12</sup>.

A través del magisterio pontificio contemporáneo observamos cómo la Iglesia en el siglo XXI centra su misión evangelizadora, cada vez más, en el amor misericordioso de Dios. Baste recordar las encíclicas *Dives in misericordia* y *Deus caritas est* de san Juan Pablo II y Benedicto XVI respectivamente, o la iniciativa del Papa Francisco de convocar un año jubilar de la Misericordia. Redescubrir el tesoro de la misericordia como centro de la vida eclesial otorga a la teología y al culto del Sagrado Corazón de Jesús una plena relevancia en nuestro tiempo. Sin la revelación del “corazón” de Dios en el Corazón de Cristo, no llegaríamos a conocer que Dios es misericordioso ni que este atributo divino nada tiene de idea abstracta, pues conocemos la Misericordia con corazón de carne porque el Corazón de Cristo es el Corazón de la misericordia.

## II. LA CONSAGRACIÓN BAUTISMAL

5. Cuando fuimos sumergidos en las aguas bautismales recibimos el sacramento que nos transformó ontológicamente en hijos adoptivos de Dios. Supuso un nuevo nacimiento y con él una vida *nueva* fue sembrada en nuestro ser, *vida divina* que es la vida de la gracia. Quizás se comprende mejor este misterio si acudimos a la imagen evangélica de la vid y los sarmientos (cf. Jn 15,1-8): como la savia de la cepa da vida a los sarmientos unidos a ella, así el bautizado unido a la vid, que es Cristo, recibe la savia de la que viven los sarmientos; así es como se participa en la vida divina.

El paso de la condición de criatura a la de *hijo*, miembro de la familia de Dios, permite entender cómo el cristiano queda consagrado a Dios

---

12 Cf. H. CAZELLES, ‘El corazón en la Biblia’ en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo* - BAC (Madrid 2017) p.143.

de un modo muy especial, en virtud del sacramento de la regeneración (cf. Tt 3,5). Quizás nos hemos acostumbrado a escuchar las palabras del mandato bautismal: *Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19) y, de hecho, ya no nos sorprenden; sin embargo, la expresión griega τὸ ὄνομα (en el nombre) – como señala el P. Pozo – no significa simplemente bautizar *en nombre de Otro*, la Trinidad divina, sino más propiamente “bautizar *consagrando* al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. En la mentalidad semítica el “nombre” corresponde a la realidad y así el mandato de Galilea habla de bautizar “para” o de “consagrar a”<sup>13</sup>.

De este modo, el bautismo nos indica la primera y total consagración del cristiano a la Trinidad, ya desde el principio, y desde ahí puede afirmarse que a la luz de esta consagración radical del cristiano quedan iluminadas todas las demás “consagraciones”, también la hermosa consagración al Corazón de Jesús realizada durante siglos hasta nuestros días por innumerables cristianos: esto es, la acción de aquellos que, deseando corresponder a la iniciativa del amor divino con la entrega de su propio corazón, se consagraron de por vida a su Sagrado Corazón.

La consagración bautismal es común a todos los cristianos, sea cual fuere el estado en que vivan. El bautismo es la fuente y el tronco del que brotan las vocaciones particulares y los distintos estados de la vida cristiana, pues la realidad es que existe *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos* (Ef 4,5-6). Por tanto, un solo bautismo hace que tanto sacerdotes como consagrados y laicos permanezcan unidos en la misma fe y puedan desarrollar su vocación particular sin que ello suponga ruptura alguna de la comunión; más bien sucede todo lo contrario: esa pluralidad genera una unidad más rica y complementaria para la gloria de Dios y el servicio del prójimo.

---

13 C. Pozo, ‘Aspectos teológico-doctrinales: la consagración y la reparación’ en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo* - BAC (Madrid 2017) p.713.

### III. LA LLAMADA COMÚN A LA SANTIDAD

6. En la carta pastoral que dediqué a la importancia de la vocación laical en el momento presente decía que *la llamada a la santidad de todo bautizado se concreta en tres caminos vocacionales distintos, cada uno de los cuales tiene sus propios rasgos característicos. Vocación laical, vocación a la vida consagrada y vocación al sacerdocio son tres formas, únicas en sí mismas y complementarias en su conjunto, de vivir esa llamada universal a la santidad*<sup>14</sup>. Pero, antes de ahondar en las vocaciones particulares a la luz del Corazón de Jesús, deseo hablar de la vocación que unifica y da sentido a todas ellas: la vocación a la santidad de todo bautizado.

Ciertamente, la filiación divina es el fruto más granado de la redención obrada por Jesucristo, pues a los que creen en Él les otorga la capacidad para ser hijos de Dios y entonces éstos tienen que ser muy conscientes de que *ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación* (1 Tes 4,3). Así, desde el día de nuestro bautismo, junto con la virtud teologal de la fe, para creer en Dios y todo lo que Él mismo nos ha revelado, comenzó a germinar en nosotros la virtud de la esperanza de poseer la vida eterna y la virtud de la caridad para amar a Dios y al prójimo como Jesús nos ha enseñado.

7. He dicho anteriormente que el sacramento del bautismo tiene mucha relación con el Corazón de Jesús. Y es así, en verdad, pues sólo cuando el Verbo de Dios se ha hecho *carne* (σὰρξ) y en su cuerpo ha comenzado a latir un corazón humano como el nuestro, se nos ha dado la ἐξουσίαν (potestad, poder) de llegar a ser hijos de Dios. En efecto: *vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron, pero a quienes lo recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios* (Jn 1,11-12).

Y ser hijos de Dios concede el privilegio de pronunciar la palabra más hermosa que un hijo puede decirle a su padre: *Abba*, papá, papaíto. Es

---

14 F. CERRO CHAVES, *Carta pastoral "Los sueños se construyen juntos. La importancia de la vocación laical en el momento presente"* n.11 (Toledo 2021) ed. Arzobispado de Toledo.

san Pablo quien enseña que *los que son movidos por el espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre!* (Rom 8, 14-15).

Este don de la adopción filial supone la confirmación y la actualización continua de la verdad más profunda del Evangelio: el poder llamar *Padre* a Dios, el gustar que Dios es nuestro padre y nosotros sus hijos. El grito *¡Abba!* que resuena a lo largo y ancho de toda la tierra en el corazón de cada bautizado, brota del Corazón mismo de Cristo Hijo de Dios pues de su costado herido manó sangre y agua para hacernos hijos, en el Hijo, por medio del bautismo.

En ese sencillo grito encuentra su razón de ser la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, nacida del costado abierto de Cristo; ahí está su identidad más profunda. Tan sublime es el poder llamar *Padre* a Dios que hasta la misma liturgia eucarística usa la expresión “nos atrevemos a decir” para introducir la recitación del Padrenuestro.

#### IV. LA MANSEDUMBRE EN EL SACERDOCIO

8. Avanzamos ahora en el conocimiento de las vocaciones particulares dentro de la Iglesia, comenzando por considerar la vocación sacerdotal a la luz del Corazón de Cristo<sup>15</sup>. Si nos preguntáramos cual es el núcleo de la promesa que Dios hizo a nuestros padres en el Antiguo Testamento podríamos responder con palabras del profeta Ezequiel: *Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo: arrancaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne* (Ez 36,26). La transformación del corazón es obra de la redención que Cristo nos ha traído. Y el corazón humano de Jesús, manso y humilde, es la gran novedad del Nuevo Testamento, cuyo inmediato fruto es un corazón nuevo para nosotros si permanecemos unidos a Él (cf. Jn 15,9).

Las cualidades del Corazón de Jesús destacadas en el evangelio de san Mateo (11,28) son la mansedumbre y la humildad. Cada sacerdote,

---

<sup>15</sup> Cf. A. VANHOYE, ‘El Corazón sacerdotal de Jesucristo’ en *Enciclopedia temática del Corazón de Jesús* - BAC (Madrid 2017) pp.673-686.

al participar del sacerdocio de Cristo por la gracia del sacramento del Orden, está llamado a vivir su ministerio con un corazón así: manso y humilde, como el de Jesús. La mansedumbre es la virtud del corazón en su relación con el prójimo, en especial con los más pobres y necesitados; en cambio, la humildad es la virtud del corazón en su relación personal con Dios. Ambas cualidades deben acompañar al sacerdote de Cristo porque su misión en medio del mundo es ser *mediador* en esa doble dirección: en relación con los hombres mediante su misericordia y en relación con Dios por su humildad.

Siendo Cristo el único mediador entre Dios y los hombres (cf. 1Tim 2,5-6), quienes han recibido el sacramento del Orden adquieren una especial participación en el sacerdocio de Cristo y así están llamados a ser mediadores con Cristo, que se entregó a sí mismo para la redención de todos y el rescate de muchos. En consecuencia, tendrán que poner en práctica esas dos grandes virtudes sacerdotales como mediadores en la Nueva Alianza (cf. Heb 9,15) porque es así como el Corazón sacerdotal de Cristo palpitará también en el corazón de los sacerdotes mansos y humildes: *un discípulo no es más que su maestro ni un siervo más que su amo* (Mt 10,24).

9. La mansedumbre es uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Gal 5,23) y a ella alude una de las bienaventuranzas (cf. Mt 5,5). Consiste en la suavidad y la bondad en el trato y por ella el sacerdote evita todo movimiento desordenado de resentimiento por la conducta de otros. En los libros de la Biblia aparece muy unida a la misericordia del corazón sacerdotal. En la *Carta a los Hebreos*, por ejemplo, el Sumo Sacerdote es descrito como un ser comprensivo y amable para con todos, capaz de comprender a ignorantes y extraviados, porque él también está y se ve envuelto en las debilidades y flaquezas del pecador (cf. Heb 5,2).

Mirando atentamente la vida y la muerte de Jesús advertimos que tanto sus palabras como sus obras están colmadas de compasión y misericordia por los enfermos e impedidos, los poseídos de espíritus inmundos, los débiles, pobres y pequeños, y sobre todo por los pecadores, hasta el punto de causar escándalo a los “justos” porque los

acoge e incluso come con ellos. Son sus “entrañas de misericordia”, entendido esto como afectos del corazón, las que se conmueven cuando sana, cuando alimenta, cuando enseña. Recordemos su encuentro con el leproso, a quien cura conmovido en sus entrañas (cf. Mc 1,41), o la conmoción de su corazón al ver la muchedumbre fatigada *como ovejas sin pastor* (cf. Mt 9,36) o bien, en otro lugar, cuando siente compasión de la multitud y *se puso a enseñarles con calma* (cf. Mc 6,34).

Esta misericordia del Corazón de Jesús se expresa durante su ministerio público, pero sobre todo en su muerte en la cruz. La entrega de Cristo en el sacrificio del Calvario es la misericordia llevada hasta el extremo, pues *tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso (...) y expiar los pecados del pueblo* (Heb 2,17). ¿Acaso hay misericordia mayor que la de abajarse a la miseria del corazón humano para restaurarlo y liberar del pecado envolviéndolo en perdón? Esto es lo que Jesucristo ha hecho en la cruz y esto es lo que sus sacerdotes, unidos a Él como víctimas, están llamados a vivir en su corazón sacerdotal: la misericordia hasta la muerte porque el buen pastor ha venido *a dar su vida por las ovejas* (cf. Jn 10,15).

10. No cabe duda de que en Jesús se cumple perfectamente lo que Él mismo dijo en su sermón de la montaña: *Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5,7). La vocación sacerdotal consiste en reproducir esta misma bienaventuranza a lo largo de nuestra vida ministerial y, cuando nos llegue el momento de la muerte, hacer de ella una ofrenda de nosotros mismos en oblación al Padre de las misericordias. Esto no es mera filantropía, sino ejercicio activo del ministerio de la mediación, propio de la vocación sacerdotal, mediante la práctica de la mansedumbre y la misericordia.

Cada vez que el sacerdote celebra la Eucaristía se une especialmente al Señor Jesús, actúa *in persona Christi*, cuyo Cuerpo y Sangre se ofrecen en sacrificio al Padre por la redención del mundo. En ese momento el corazón del sacerdote se hace redentor junto al de Cristo y entrega su vida en rescate por muchos, por todos los pecadores y necesitados de redención. Hagamos memoria de lo que se nos dijo el día de nuestra



ordenación: *Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor.* No hay mayor identificación entre el corazón del sacerdote y el Corazón de Cristo que en ese acto sacerdotal de oblación en favor de los hombres para la gloria de Dios.

¡Que nadie ceda a las insinuaciones de la duda!: el sacerdote debe ser hombre de Eucaristía, porque en este sacramento se contiene todo lo que tiene que vivir. El sacerdocio fue instituido en la ofrenda eucarística anticipada de la Última Cena y allí Jesús dijo a sus apóstoles *haced esto en memoria mía* (Lc 22,19). El sacerdote debe celebrar y cuidar la Eucaristía porque ahí se hace presente el Corazón abierto de Cristo y ahí él mismo debe aprender a inmolarse, a ser pan partido y sangre derramada para la redención del mundo<sup>16</sup>.

## V. LA HUMILDAD DEL SACERDOTE

11. Decía san Agustín que, para llegar al conocimiento de la verdad, los caminos son muchos: primero humildad, segundo humildad, y tercero humildad<sup>17</sup>. Y Jesús se presenta ante los que sufren como *humilde de corazón* (Mt 11,28-29). En la Carta a los Hebreos el sumo sacerdote es humilde ante Dios porque no se glorificó a sí mismo, sino que tomó un camino de extrema humildad y de este modo fue proclamado sumo sacerdote por Dios (cf. Heb 5,5-10). Para comprender la humildad del corazón sacerdotal, concentrémonos de nuevo en el Corazón de Jesús porque tal es el espejo donde contemplar continuamente qué es ser sacerdote y cómo actuar la mediación entre Dios y los hombres.

Y, en efecto, ante todo en el Corazón de Cristo se descubre humildad: la humildad de su obediencia vivida en permanente adhesión a

16 Cf. L. M. MENDIZÁBAL, 'Como el corazón del Buen Pastor' en *Enciclopedia temática del Corazón de Jesús - BAC* (Madrid 2017) pp.217-220 y también su obra *En el Corazón de Cristo. La Consagración* (Burgos 2010) ed. Monte Carmelo.

17 SAN AGUSTÍN, Carta 118 a Dióscoro: "Solo hay un camino para alcanzar la verdad; ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad. Y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo" (n.22).

la voluntad del Padre. Toda su existencia es en obediencia al Padre. Es verdad que a lo largo de todos los relatos evangélicos se muestra esta disposición interior de Jesús, pero si tuviéramos que escoger uno de los momentos más significativos para la contemplación, éste sería su oración en el huerto de Getsemaní. Allí, embargado de angustia y dolor, Jesús dice *no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú* (Mc 14,36).

Esta voluntad humana del Señor Jesús rendida a la voluntad de su Padre aparece también cuando resume su misión en el mundo diciendo *he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6,38). Y es tan perfecta la unión de voluntades en Él que llega a decir *mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra* (Jn 4,34). La obediencia del Corazón de Cristo es la manifestación más perfecta de su relación con el Padre, de quien ha recibido todo (cf. Mt 11,27), y también es la cualidad de quien asume el querer de Dios y ejerce una misión mediadora con corazón sacerdotal.

12. La enseñanza paulina nos introduce en la intimidad de Cristo para explicar que *didicit ex his quae passus est oboedientiam* (Heb 5,8): es decir, por sus padecimientos aprendió τὴν ὑπακοήν (obediencia, sumisión), aprendió no a obedecer sino *la obediencia*. Significa esto que la naturaleza humana de Cristo —desde el abandono confiado en el Padre— hace “suyo” el señorío de Dios sobre su creación, sobre la naturaleza humana, padeciendo y experimentando a un tiempo el dolor de Dios, ante la realidad del mal, y el gozo de la redención. Y por eso se dice poco antes que *fue escuchado por su piedad*, por asumir plenamente la voluntad del Padre (Heb 5,7).

Esta obediencia de Cristo brota de su humildad, de su andar en verdad — en expresión teresiana —, pues Él mismo es *el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). Y, mirando su obrar, Jesús no decidió ensalzarse a sí mismo ni elevarse por encima de los demás hombres, al modo del hombre del pecado, sino que recorrió el camino de las humillaciones, aceptando bajar hasta el fondo de la miseria humana para tener misericordia de todos, por más que Él fuese *santo, inocente, inmaculado*,

*separado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos* (cf. Heb 7,26).

En la interioridad del Yo de Cristo no hay otro interlocutor que el Padre ni hay otro diálogo que con el Padre: dos naturalezas en la unidad de la Persona. En Jesús no existe un “otro yo” humano autónomo —rebelde con “lo suyo”, al que toca aprender qué es obedecer— distinto de la Persona del Verbo de Dios, porque la hipóstasis es única. El ser (el acto de ser, *actus essendi*) de Cristo es el mismo *Ipsum Esse Subsistens* (el Ser divino, el mismísimo Ser subsistente por sí), si usáramos ahora términos de la metafísica tradicional. Sólo desde esta perspectiva puede comprenderse que toda la vida terrena de Jesús converge libremente en la cruz, en su muerte en la cruz, que es así afirmación del señorío o reinado de Dios sobre su creación.

Esta docilidad sacerdotal del Corazón de Jesús es lo que hace de *punto* para nuestra relación con el Padre, porque *nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar* (cf. Lc 10,22). Sabemos que Dios da a conocer sus secretos a los humildes y pequeños (cf. Mt 11, 25-27). Y así, desde la humildad del Corazón de Jesús, que nos dio a conocer el rostro del Padre y lo sigue haciendo en el hoy de nuestra historia, Él pone su mirada en los pequeños, en los niños, para manifestar al mundo el poder de su misericordia diciendo *si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18,3).

Este corazón *manso y humilde* caracteriza al *mediador de una nueva alianza* (Heb 9,15) y encierra en sí esas dos cualidades que propiamente corresponden al corazón sacerdotal, por razón de los dos términos de la relación mediada: los hombres y Dios. De este modo, quienes participan del sacerdocio de Cristo por el sacramento del Orden reciben gracia para vivir su ministerio sacerdotal en mansedumbre y humildad, pues son llamados y destinados a tareas bien concretas: “a ir del hombre a Dios y ofrecer a Él sus oraciones, / regresar de Dios al hombre para traer perdón y esperanza. / Tener un corazón de fuego para la caridad / y un corazón de bronce para la castidad”, según el conocido poema *Sacerdote de Jesucristo* del P. Henri Lacordaire (1802-1861).

## VI. LA PUREZA DEL CORAZÓN LIBRE

13. La revelación bíblica identifica el *corazón humano* con lo más íntimo de la persona, con la sede propia de su vida profunda: en el corazón se localiza el epicentro de la inteligencia, de la voluntad y de los afectos. Sabemos además que, en el lenguaje bíblico, el corazón se halla ligado a la sangre como principio vital en favor de todo el cuerpo, así como las entrañas son también sede de las pasiones y sobre todo del amor. Desde este trasfondo bíblico puede entenderse mejor la vida consagrada a la luz del Corazón de Jesús.

Ya he comentado que por el sacramento del bautismo la persona queda consagrada y se sumerge en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. La gracia bautismal conlleva la participación de quien la recibe en la vida eterna de la Santísima Trinidad porque, como se lee en el evangelio, entonces *vendremos a Él y haremos morada en Él* (Jn 14,23). Ahora bien, si por el bautismo el cristiano ha muerto ya al pecado y queda consagrado a Dios, para *traer de la gracia bautismal fruto más copioso*<sup>18</sup> algunos hacen entrega voluntaria y libre de su propio corazón – disposiciones, intenciones, voluntad y sentimientos – a Cristo, dándose a Él y viviendo con Él y como Él, mediante la profesión de los consejos evangélicos; de este modo su vida entera queda conformada según lo que ya son ontológicamente por el don del bautismo, pero buscando en su existencia alcanzar la absoluta pureza del corazón en el seguimiento corporal de Cristo.

San Benito, padre del monacato occidental, fue quien formuló la máxima *nihil amoris Christi praeponere*: ¡nada anteponer al amor de Cristo! En la múltiple y variada riqueza de carismas religiosos que existen en la Iglesia, la persona consagrada desea vivir en amor radical a Jesucristo. Por la gracia de su consagración y movidos únicamente por amor, nuestros consagrados desean unirse e identificarse con el Corazón de Jesucristo, pobre, casto y obediente, no teniendo ya otro afán en este mundo que la disponibilidad total para el Señor. Y la aspiración a esta singular identificación viene del mismo Señor Jesús, quien

---

18 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia n.44.

*llamando a algunas personas a dejarlo todo para seguirlo, inauguró este género de vida que, bajo la acción del Espíritu, se ha desarrollado progresivamente a lo largo de los siglos en las diversas formas de la vida consagrada*<sup>19</sup>. Es así como quienes hacen profesión de “vida consagrada” no sólo ponen a Jesús en el centro de sus vidas, sino que procuran reproducir en sí mismos aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo<sup>20</sup>.

En ellos se actúan de modo muy particular las palabras del Señor: *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Esta bienaventuranza, para ellos, también puede leerse a la inversa: dichosos los que ven a Dios, porque serán limpios de corazón. Si el corazón queda libre, totalmente desprendido de inquietudes y afanes mundanos, entonces ese “vacío” deviene en una disponibilidad íntima al servicio de la misión evangelizadora, por los caminos y modos que el Señor determina. Y, por eso, no hay ni habrá “vida consagrada” que no sea radicalmente “vida de oración”, como tal es el diálogo íntimo de Jesús con el Padre, porque ahí está la fuente y el fundamento de toda otra acción. ¡Nunca la actividad apostólica, que a veces puede convertirse en activismo, debe perturbar el silencio interior!

14. El Verbo Encarnado permaneció toda su vida en el estado de virginidad,<sup>21</sup> como expresión de su filiación eterna y de su misión redentora *para reunir en unidad a los hijos de Dios dispersos* (Jn 11,52). La virginidad de Jesús no proviene de ninguna motivación moral, ascética o antropológica, sino exclusivamente *religiosa* porque, movido por el amor redentor de su Corazón, busca y anticipa la ofrenda oblativa del propio cuerpo que se consumará en la entrega redentora de la Cruz: ésta es signo escatológico del cielo, auténtico

19 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Vita consecrata* n.29.

20 *Ibidem*: “en la vida consagrada no se trata sólo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo *más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija* (cf. Mt 10,37), como se pide a todo discípulo, sino de vivirlo y expresarlo con la adhesión *conformadora* con Cristo *de toda la existencia*, en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica” (n.16).

21 Cf. PABLO VI, Carta Encíclica *Sacerdotalis caelibatus* de 24 de junio 1967, n.21.

destino del hombre, y realiza en el mundo una nueva comunión de los hombres en Dios<sup>22</sup>.

San Juan Pablo II enseñó que Jesús asumió *la forma de vida virginal* sin menoscabo de la dignidad y santidad del matrimonio y para mostrar así la fecundidad espiritual de tal elección<sup>23</sup>. Abrazando la virginidad, las personas consagradas hacen “suyo” el amor virginal del Corazón de Cristo y de ello dan testimonio al mundo. Son ya multitud los hombres y mujeres que a lo largo de los siglos, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido el camino de la castidad virginal para dedicarse totalmente a Cristo con corazón *indiviso* (cf. 1 Co 7, 34)<sup>24</sup>. Este estilo de vida es el reflejo en el mundo del amor infinito que une a las tres Personas divinas en la profundidad misteriosa de la vida trinitaria; de este modo, en su amor, las personas consagradas viven con singular intensidad las dimensiones trinitaria y cristológica del ser cristiano, obrando con un corazón limpio, desprendido y entregado<sup>25</sup>.

## VII. LA POBREZA DEL CORAZÓN DESPRENDIDO

15. El apóstol san Pablo afirma: *Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza* (2 Co 8,9). ¿Cómo entender la pobreza de Cristo? ¿Es posible que alguien enriquezca siendo pobre? Al asumir la carne con todas sus consecuencias, Jesús prescinde de sus prerrogativas divinas, acepta todos los condicionamientos humanos y vive con corazón

---

22 Cf. J. RICO PAVÉS, arriba nota 7, p.337.

23 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Vita consecrata*, donde expresamente se dice que Cristo “asume la forma de vida virginal y revela así el valor sublime y la misteriosa fecundidad espiritual de la virginidad” (n.22).

24 *Ibidem*, donde desde el comienzo se dice: “También ellos, como los Apóstoles, han dejado todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad” (n.1).

25 *Ibidem*, donde su amor es descrito entonces como “amor testimoniado por el Verbo encarnado hasta la entrega de su vida; amor *derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Rm 5,5), que anima a una respuesta de amor total hacia Dios y hacia los hermanos” (n.21).

redentor todos los sufrimientos derivados de su misión, sobre todo la entrega total y definitiva de la propia vida.

Cuando Él mismo describe su estilo de vida, pronuncia palabras que impresionan: *las zorras tienen madriguera y los pájaros del cielo nidos; en cambio, el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Mt 8,20). Cuanto la Encarnación supone de abajamiento, humillación y pobreza para el Hijo de Dios, tanto supone de enriquecimiento para nosotros, redimidos por su sangre. Ciertamente, gracias a que en el Hijo de Dios comenzó a latir un corazón redentor, al asumir la carne, nosotros somos hijos en el Hijo por causa de ese Corazón traspasado en la cruz.

Cristo asume una pobreza radical y habla de ella como condición *sine qua non* para entrar en el reino de Dios: esta pobreza es, ante todo, desprendimiento y despojamiento total de sí y, por esta razón, la bienaventuranza se dirige a *los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3). La persona consagrada, mirando a Jesús pobre así y deseando configurarse más plenamente con Él, considera como su mayor tesoro el amor de Dios y esto es lo que mueve a abrazar el *estado de pobreza* renunciando y sometiendo a obediencia todas las cosas, incluida la posesión de bienes materiales. De este modo dan vida a las palabras del salmo 15: *El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad*. La única riqueza y herencia del consagrado es el Corazón de Cristo, pobre de espíritu, que siempre muestra un particular amor por los desposeídos, los enfermos, los despreciados y olvidados del mundo, los agobiados y abatidos.

16. Jesús contempla y se compadece de los mendigos, de los hambrientos y sedientos, de los lisiados, de los presos e impedidos, de los desnudos y enfermos, a quienes consuela, alimenta y sana con sus entrañas de misericordia. Es más, se identifica con ellos: *Os digo de verdad: todo lo que no hicisteis en favor de uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis* (Mt 25,45). Y es así como pasó por este mundo *haciendo el bien* (Hech 10,37-38). Junto a las palabras, estos hechos son lenguaje de su revelación.

El testimonio que recibimos de nuestros consagrados es lámpara que alumbra nuestro camino sinodal como Iglesia de Cristo, porque *verdaderamente la vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos*<sup>26</sup>. Ellos, palpitando al ritmo del Corazón de Jesús, lo confiesan como Hijo que todo lo recibe del Padre (cf. Jn 17,7-10), lo reconocen como su única riqueza y viven en una permanente correspondencia de amor al amor de ese Corazón divino, compasivo y misericordioso.

### VIII. LA LIBERTAD EN LA OBEDIENCIA

17. La vida entera del Señor Jesús, tal como la Escritura nos la muestra, está esculpida por la obediencia. Ya hemos recordado más arriba el texto del evangelio de san Juan, donde Él mismo exclama: *no he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (Jn 6,38). Por contraste, la desobediencia de nuestros primeros padres fue uno de los momentos más dramáticos de la historia humana. Ellos, llamados a vivir en plena comunión de amor con Dios, su Creador, eligieron apartarse de Él al desobedecer, acogiendo las insinuaciones de Satanás. Y aquella decisión tuvo consecuencias terribles, porque irremediablemente desembocó en la separación de Dios.

El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su Creador (cf. Gn 3,1-11) ya que, en su interior, puso a Dios en “estado de sospecha”, como si de Dios pudiera venir algo malo para él, “para mí”. Abusando entonces de su libertad, *desobedeció* el mandamiento divino y en esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rom 5,19). Al igual que en esos comienzos, la desobediencia a la Voluntad divina es una tentación y un pecado que amenazan de continuo la vida del hombre en la tierra. Sobre esto reflexiona el Papa Francisco así: *Pensemos en nuestra libertad en este mundo que (...) grita “¡libertad, libertad, libertad!”, pero es más ¡esclavo, esclavo, esclavo!: pensemos en*

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, añadiendo además: “Es tradición viviente de la vida y mensaje del Salvador” (n.22).



*esta libertad que Dios, en Jesús, nos da*<sup>27</sup>. Y, ciertamente, todo pecado es una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad.

Al pecar, el hombre se prefiere a sí mismo en lugar de a Dios y por ello desprecia a Dios: hace elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. Y, sin embargo, el hombre fue creado en un estado de santidad, destinado a ser plenamente “divinizado” por Dios en la gloria. Pero, como nos explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*, por la seducción del diablo quiso *ser como Dios* (cf. Gn 3,5), pero *sin Dios, antes que Dios y no según Dios*<sup>28</sup>.

18. El pecado de desobediencia que provocó la ruptura abismal entre Dios y el ser humano fue reparado y sanado con la Encarnación del Hijo de Dios, mediante su Corazón obediente al querer del Padre *hasta la muerte y una muerte de cruz* (cf. Flp 2,5-11). En Él aprendemos que obedecer significa escuchar atentamente y actuar con diligencia en sintonía con lo escuchado, pues la obediencia de Jesús no es principalmente una sumisión a órdenes o dictámenes: ante todo es complacer, agradar y cumplir el deseo del Padre amado (cf. Mc 9,7)<sup>29</sup>.

Desde esta contemplación, la vida consagrada busca actuar y reproducir las mismas actitudes del Corazón obediente de Jesús, renovando en su corazón la plena y absoluta confianza en la bondad de Dios: imita a Jesús haciendo siempre lo que agrada al Padre (cf. Jn 8,29). Y, además, con el sacrificio de la propia libertad, alcanza la verdadera libertad de los hijos de Dios, que siempre consiste en elegir libremente y en obedecer en libertad.

El “voto religioso” es siempre una ofrenda libre que fija los ojos en Jesús para reparar así las desobediencias humanas: es un acto de amor que prefiere a Dios antes que a las criaturas y, con la ayuda de la gracia divina, restaura la santidad y divinización perdidas porque busca siempre y en todo la unión de las personas con su Creador y Señor.

27 *L'Osservatore Romano*, ed. Semanal española, n.16, viernes 20 de abril de 2018.

28 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA de 1992 números 397-398.

29 Cf. R. VOLO PÉREZ, *Una vida inspirada por el Evangelio* (Madrid 2014) pp.84-85.

## IX. EL LAICADO EN MEDIO DEL MUNDO

19. En el costado abierto de Cristo en la cruz ha quedado sellada la nueva y definitiva Alianza y se ha constituido el nuevo Pueblo de Dios con las más diversas vocaciones personales e individuales. Este Pueblo está formado por fieles laicos en su gran mayoría; por eso, la misión salvífica de la Iglesia en el mundo es llevada a cabo no sólo por los ministros ordenados *in sacris* o por la bella y rica vida consagrada, sino también por todos los fieles laicos que, por su condición bautismal y vocación específica, participan en el oficio profético, sacerdotal y real de Jesucristo, según lo que les corresponde<sup>30</sup>.

En comunión con el magisterio contemporáneo de la Iglesia afirmamos ahora que los laicos – como ya decía Pío XII – *no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia*<sup>31</sup>. Los fieles laicos viven en la Iglesia con el carácter propio de su vocación, cuya finalidad es buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. De modo especial les corresponde iluminar y ordenar todas estas realidades de tal manera que lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza de Dios<sup>32</sup>.

Todavía resuena en mis oídos y en mi corazón el impacto de aquellas inolvidables palabras de san Juan Pablo II en la homilía de la Misa de inauguración de su Pontificado el 22 de octubre de 1978: *¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrir de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo conoce!*<sup>33</sup> La participación de los fieles laicos en el oficio real de Jesucristo buscando en todo el Reino de Dios, y la llamada a abrir a su potestad salvadora todas las realidades temporales en las que transcurre su vida en el mundo ordenándolas según Cristo, pone

30 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, n.31.

31 Cf. Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales* de 20 febrero 1946: AAS 38 (1946) 149.

32 Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA de 1992 número 897.

33 JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa inaugural del Pontificado* de 22 de octubre de 1978.

en relación la vocación laical con la doctrina de la Iglesia acerca del reinado social del Corazón de Jesús. Se trata de *recapitular en Cristo el universo, las cosas que hay en los cielos y las que hay en la tierra* (Ef 1,10), fin primordial del culto al Corazón de Cristo Rey.

20. En efecto, Cristo es Rey. Ésta es una afirmación que encontramos en muchos textos del Nuevo Testamento. La encíclica *Quas primas* del Papa Pío XI fundamentaba la realeza de Jesucristo en la unión hipostática y en el derecho de conquista adquirido por la redención<sup>34</sup>. También santo Tomás de Aquino explicó la realeza de Jesús por la gracia capital que le corresponde como Cabeza de la Iglesia,<sup>35</sup> pues el hombre Cristo-Jesús ha recibido del Padre toda potestad y dominio sobre todos los pueblos y naciones. Esa misma realeza nos configura también a los creyentes como *Pueblo* y, por esa razón, la comunidad formada por los bautizados en Cristo en el seno de la Iglesia se denomina *Pueblo de Dios*. Pero nuestra esperanza asume la promesa de que un día Cristo Rey ejercerá todos sus derechos sobre su “pueblo” universal, que no comprende sólo a la Iglesia peregrina en la historia, sino a toda la humanidad sin excepciones<sup>36</sup>.

*Instaurare omnia in Christo*, restaurar todo en Cristo, es la misión de los cristianos en el mundo. El papa Francisco lo expresa con especial fuerza cuando dice: *Cristo centro de la creación, del pueblo y de la historia (...) caminemos todos juntos por este camino*<sup>37</sup>.

Es claro que la Iglesia de Cristo no tiene una misión de orden político, económico o social, y quienes tratan de equipararla a una mera organización política, social o sindical o bien a cualquiera otra organización de fines mundanos, falsean su naturaleza y alteran la misión que Dios le encomendó; sin embargo, esto no quiere decir, ni mucho menos, que del cumplimiento de su misión religiosa no se deriven *funciones*,

34 Cf. Pío XI, Encíclica *Quas primas* de 11 de diciembre de 1925 n.11-12.

35 Cf. *Summa Theologica* III q.59 art.2.

36 Sobre la realeza de Cristo véase J. M. PETIT SULLÁ, ‘Reinado de Cristo en una sociedad secularizada’ en *Enciclopedia temática del Corazón de Cristo - BAC* (Madrid 2017) pp.1291-1298.

37 FRANCISCO, *Homilía en la Misa de clausura del Año de la Fe* de 24 octubre 2013.

*luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana, según la ley divina;*<sup>38</sup> más aún *la obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal. Por ello, la misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico*<sup>39</sup>. Y es aquí donde la misión de los laicos se hace insustituible.

21. El ámbito donde los laicos tienen que desarrollar su misión evangelizadora es amplio y complejo. El primer campo de su compromiso social es el matrimonio y la familia, con las muchas dificultades que todo ello conlleva; pero también la política, la sociedad temporal en general, el espacio de la justicia y la economía, la cultura, las ciencias y las artes, la educación y la vida intelectual y académica, el trabajo profesional, los medios de comunicación social y especialmente aquellas realidades donde el sufrimiento se hace presente de modo acuciante.

De este modo los laicos, por su “índole secular” y por el dilatado campo de su acción evangelizadora, tienen una gran responsabilidad en la transformación de la sociedad y, para ello, inflamados de las ansias redentoras del Corazón de Cristo, se ofrecen y ponen todo su ser al servicio de la salvación del prójimo, de todos y cada uno de los hombres. Esta misión comporta el ineludible deber de dar a conocer a Cristo, porque –según la certera descripción de san Juan Pablo II– el misterio de la redención es *la plenitud de la justicia en un corazón humano: el Corazón del Hijo primogénito, para que pueda hacerse la justicia del corazón de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor*<sup>40</sup>.

Por la Encarnación el Hijo de Dios *se ha unido en cierto modo a todo*

---

38 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* n.42.

39 CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam actuositatem* n.5.

40 JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis* n.9.

*hombre*<sup>41</sup> y los fieles laicos, como levadura en la masa, contribuyen desde dentro a la santificación del mundo. Es así como anuncian a Cristo a los demás, iluminando con el testimonio de su vida de fe, de esperanza y de caridad. A ellos, muy en especial, corresponde configurar y organizar los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de modo tal que queden informados por el espíritu de Jesucristo y su desarrollo revierta en gloria del Creador y del Redentor<sup>42</sup>.

22. Con la intuición profética que caracterizó a mi querido antecesor el Cardenal Marcelo, en este momento hago memoria de sus oportunas palabras: *Asistimos al intento consciente y sistemático de sustraer todas las esferas de la vida humana, hasta el núcleo más íntimo de la conciencia personal, de la influencia de Dios, de tal forma que la existencia humana sobre la tierra se desarrolle como si Dios no existiera*<sup>43</sup>. Ante este desafío no podemos quedar indiferentes ni los sacerdotes, ni los consagrados, ni los fieles laicos, pues a ellos –que son la inmensa mayoría del Pueblo santo de Dios– se dirigen también las palabras del Señor: *Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación* (Mc 16,15).

Con profundo agradecimiento a Dios observo como son cada vez más numerosos los laicos que en nuestra archidiócesis y en toda la Iglesia han tomado conciencia de su pertenencia eclesial y de la necesidad de ser agentes activos de la *dulce y confortadora alegría de evangelizar*<sup>44</sup> allí donde se desenvuelve su vida y su trabajo. Es un auténtico privilegio acoger la invitación de Cristo a evangelizar el mundo y ni siquiera el menor de los bautizados debe ser ajeno a esta misión. El mismo san Pablo, considerándose el más pequeño de todos, nos lo explica: *A mí, el menor de todos los santos, me ha sido otorgada esta gracia: anunciar*

41 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* n.22.

42 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, n.31.

43 M. GONZÁLEZ MARTÍN, ‘Conferencia de clausura’, pronunciada en Valladolid el 1 de junio de 1979 en el *Congreso Teológico - Pastoral sobre “El Corazón de Jesús, principio y signo de unidad”*. Este original fue publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo* de noviembre de 1979.

44 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* n.80

*a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca del cumplimiento del misterio que durante siglos estuvo escondido en Dios (Ef 3,8-9).*

## X. LA ESCUCHA SINODAL EN LA FE

23. En esta tarea, por tanto, la escucha sinodal a la que hemos sido convocados tiene como ineludible presupuesto buscar personalmente el encuentro con Cristo. Nuestro entendimiento y voluntad tienen que empaparse del misterio de su Persona con la inteligencia de la fe y, a su vez, esto exige que el corazón esté dispuesto a escuchar la voz de su Espíritu en la intimidad de la conciencia a fin de abandonarse a la fuerza de su gracia redentora. Sin el reconocimiento de las propias miserias e infidelidades y sin la confesión personal de los propios pecados ante los requerimientos del amor divino, no es posible avanzar por este camino y, al contrario, crecería sin medida la soberbia engreída de la arrogancia.

Me pregunto con frecuencia si la crisis que sufre en nuestros días la devoción al Corazón de Jesús no se debe a la crisis de fe que aparece en la vida de la Iglesia cuando deja de mirar a la centralidad de su misterio, que es la Persona de Cristo. Y, por eso mismo, hoy es necesario volver de nuevo a lo esencial de la fe. Ahí es donde nos introduce el misterio del Corazón traspasado en la cruz, llevándonos a experimentar su amor por todos y a comprender también con todos los santos *cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (Ef 3,18-19).*

Este amor de Dios no es sólo espiritual, se expresa también con las formas sensibles del amor humano, porque *la Palabra de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros (Jn 1,14)*. Mirando al que traspasaron (Jn 19,37) el corazón se enciende en deseos de corresponder al amor de Dios mediante la consagración personal a su querer y amando la expiación. Esta necesidad de reparación es aún más urgente ante el panorama del mundo actual: la vista de nuestro presente sería desoladora si no contáramos con la omnipotencia divina, pero sabemos que Dios no dejará al mal consolidar sus planes.

24. Es verdad que la presión de las fuerzas mundanas y el avance de su *cultura de la muerte* son hoy tan intensos que sus *determinismos* parecen casi capaces de ahogar la voz del Espíritu Santo en las conciencias<sup>45</sup>. Los dislates de las ideologías de género o del más reciente transhumanismo, del todo irracionales, son una buena prueba de ello.

Nuestro tiempo reclama la reforma de costumbres y la enmienda del corazón cuya preparación se teje en el día a día de la fidelidad a la fe transmitida por los Apóstoles: esto es, la confesión inequívoca de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, resucitado de entre los muertos, a quien corresponde el reinado y señorío sobre la creación entera, el único nombre por Quien se nos otorga el perdón de los pecados y la salvación: o sea, la vida eterna de comunión en la intimidad del Dios único, vivo y verdadero, inmenso, eterno, incomprendible, omnipotente e inmensurable, trino en Personas<sup>46</sup>.

Hay diversas opiniones sobre cómo interpretar exactamente la frase de san Lucas *regnum Dei intra vos est* (Lc 17,21), es decir, el reino de Dios está dentro de vosotros, y casi todas destacan aspectos certeros como, por ejemplo, la tendencia a su ubicación en la interioridad del hombre; sin embargo, cada vez cobra más fuerza la convicción de que con esa frase, pronunciada por Jesús desde los comienzos de su ministerio público, Él se está refiriendo a sí mismo, a la realidad de su presencia en la historia humana, a la cercanía continua del Dios escondido entre los hombres. Jesús *es el mismo hoy, ayer y siempre* (Heb 13,8) y, de cuantos hemos conocido y creído que sólo Él tiene *palabras de vida eterna* (Jn 6,69), reclama amor en estos tiempos difíciles y reparación “por los que no creen, no esperan y no aman”<sup>47</sup>. ¡Hermosa tarea a la que somos convocados!

---

45 Cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Dominum et Vivificantem* n.60.

46 Cf. INOCENCIO III, Constitución *Firmiter* en el CONCILIO LATERANENSE IV del año 1215.

47 Cf. CARMELO DE COIMBRA, *Un camino bajo la mirada de María. Biografía de la Hermana María Lúcia de Jesús y del Corazón Inmaculado* (Burgos 2019) ed. Monte Carmelo.

## XI. LA REPARACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

25. Decía san Agustín: *Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo*<sup>48</sup>. Si el Corazón de Jesús nos ama incondicionalmente y hasta el extremo, no puede quedar indiferente ante los olvidos e indiferencias de tantos a su Amor. Además, igual que la previsión de las ingratitudes de los hombres llenaron de tristeza el Corazón de Jesús en Getsemaní, del mismo modo y, en virtud de su ciencia humana infusa, por mis reparaciones de ahora, previstas aquella noche de olivos, sintió consuelo y alivio<sup>49</sup>. La reparación al Corazón de Jesús se entiende de esta óptica amorosa que le da sentido. El Corazón de Jesús inspiró a santa Margarita una práctica interior de profundo sentido espiritual y pastoral que puede ayudarnos a entender cómo la reparación es un aspecto de la espiritualidad de todos los bautizados en cualquiera de los estados de vida cristiana en que vivan. Jesús le dijo: *Al terminar cada mes, el primer día penitencial siguiente procura dedicarlo a reparar por las faltas y pecados del mes precedente, particularmente los cometidos contra la Eucaristía, y procura en ese día comulgar también, para ofrecer al Padre reparación de los pecados*<sup>50</sup>.

Dios no es indiferente a nuestro pecado, a Él le importamos porque nos ama. Este espíritu reparador no sólo se da a nivel individual, sino que, por la comunión de los santos, se proyecta a nuestra vida eclesial, familiar, parroquial, comunitaria y social. De este modo, convencidos de la gravedad del pecado propio y ajeno ante Dios y de los estragos que causa entre nosotros, por justicia y amor estamos dispuestos a unirnos al Corazón de Cristo, prontos a reparar con el consuelo que aportan los amigos: *derramaron su sangre y fueron hechos amigos de Dios*, se reza en la Misa del Apóstol Patrón de nuestra España. ¡Qué

---

48 SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, tratado XXVI. Ahí la frase continúa así: “Dame un corazón que desee y que tenga hambre; dame un corazón que se mire como desterrado, y que tenga sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; dame un corazón así, y éste se dará perfecta cuenta de lo que estoy diciendo. Mas, si hablo con un corazón que está del todo helado, este tal no comprenderá mi lenguaje” (n.4).

49 Cf. C. POZO, arriba nota 14, p. 722.

50 Cf. J. M. SÁENZ DE TEJADA, *Vida y obras completas de santa Margarita María de Alacoque* (Bilbao 1946) ed. Mensajero.



no haremos por el Señor!, y eso que *aún no hemos resistido hasta la sangre* (cf. Heb 12,4-11).

Es verdad que nuestros pecados no pueden causar ya un dolor físico a Jesucristo, por su condición gloriosa, pero Él sufre en su Cuerpo, en su Iglesia, cuyos fieles tienen que completar en sí *aquello que falta a la pasión de Cristo* (Col 1,26), según la enseñanza paulina. Por eso, cuando se aparece a san Pablo camino de Damasco y Él se identifica, le dice: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch 9,5), significando claramente que en las persecuciones contra la Iglesia es a la Cabeza divina a quien se veja e impugna. Y así es lógico que Jesús desee contar con amigos en la expiación, porque sigue padeciendo en su Cuerpo místico y todo se concentra en su Sagrado Corazón.

## XII. AL CORAZÓN DE JESÚS SE VA POR MARÍA

26. *Stabat Mater dolorosa / iuxta crucem lacrimosa*. Así comienza la conocida secuencia en la memoria litúrgica de la Virgen Dolorosa: un tema de tantas y tan bellas composiciones musicales, litúrgicas o no. La Madre dolorosa estaba en pie y al pie de la cruz de su Hijo. *Quis est homo qui non fleret / Matrem Christi si videret / in tanto suplicio*, versos latinos que Lope de Vega traduce al castellano rimando otros: *Y ¿cuál hombre no llorara, / si a la Madre contemplara / de Cristo, en tanto dolor? / Y ¿quién no se entristeciera, / Madre piadosa, si os viera / sujeta a tanto rigor?* Es más que una piedad de sólo sentimiento.

El Corazón de Jesús vierte su dolor en la congoja del Corazón de la Madre y allí el Hijo la convierte en Madre de todos los redimidos: camino de ida y vuelta, donde no existe dialéctica ninguna de oposición, sino la unidad profunda del amor, la obediencia al Padre eterno en una misma tarea santa. Por todo esto, de la mano del Corazón de Jesús ha brotado la devoción al Inmaculado Corazón de María y ambas devociones son la actualidad espiritual de nuestro tiempo y para nuestro tiempo.

Nada más humano entonces que, en la tribulación, acudir al auxilio de nuestra Madre, siempre comprensiva, amable, empeñada en nues-

tro bien y, por eso mismo, en nuestra salvación eterna. Bien puede apropiarse uno aquí las expresiones del salmista, rezando con Jesús y con María en plenitud de esperanza: *Se puso junto a mí, lo libraré, lo protegeré porque conoce mi nombre. Me invocará y lo escucharé, con él estaré en la tribulación, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación* (Sal 91,14-15). Queridos hermanos, ¡que con vosotros esté la paz del Señor y os guarde la bondad de su Corazón! ¡Que su Corazón sea vuestro refugio seguro, como los huecos de la roca a donde las palomas acuden en tiempo de tempestad!

Os bendigo a todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En la sede metropolitana de Toledo a 1 de junio del año 2023.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España



